

El asesino no las quiere rubias

(Una novela “blanca” de Detectives Privados)

C. M. Federici

14. EL DISCURSO DEL METODO

LA MENTALIDAD criminal, en efecto, suele presentar características inextricables, aun para sí misma. Es dudoso que un criminal se someta por su gusto al espinoso trance del autoexamen: antes bien, hará uso de cuanto subterfugio halle a su alcance con tal de evitar cualquier introspección que amenace poner de manifiesto ante su conciencia los limosos estratos en que arraigan sus impulsos homicidas.

Alguien ha dicho que en un criminal, y especialmente en un asesino, la cualidad predominante es el salvajismo. La catexia liberada de trabas inhibitorias, habría dictaminado el Dr. Freud, enturbia la visión interior del sujeto, que acaba por no percibir sino aquello en que espera encontrar fuentes inagotables de placer compensatorio. Tal *ersatz* llega a constituirse en su único objetivo y, en su obsesiva persecución del mismo, pierde de vista toda sombra de escrúpulo o remordimiento.

Claro que ésta es tan sólo una teoría, entre las muchas que podrían formularse con pareja plausibilidad.

La verdad es que los asesinos son misterios ambulantes.

Los detectives, por su parte, consagran su existencia a desentrañar misterios, aunque las más de las veces sólo alcanzan a descorrer los velos superficiales del Gran Arcano: Quién, Cómo y Por Qué (sin que este “por qué” llegue a trascender las facetas más simplistas del enigma).

“Mató por celos”, suele sentenciarse; o bien: “Su odio lo impulsó al crimen” (o “su codicia”, o “su delirio”, según los casos). ¡Cáscaras, nada más! La fina epidermis que está al alcance de la percepción humana. Pero las negras simas inferiores permanecen aún inexploradas.

Y quizás sea preferible así.

NUESTRO Juan Carlos ni siquiera soñaba en acometer la riesgosa empresa de hollar aquellos Báratros de malevolencia. Su pragmática concepción del deber quedaría satisfecha sin necesidad de irrumpir en cotos reservados a los filósofos.

El comisario Callaza, en cambio, era proclive a una mayor profundización de conceptos. El intentaba penetrar, a través de los indicios captados entre la urdimbre de acciones y palabras, en las motivaciones íntimas del delincuente. Su larga relación con el asesino profesional Luigi Gazzara (*), años atrás, constituía un claro ejemplo de ello, aun cuando sus buenos propósitos hubieran de naufragar, finalmente, en un piélago de confusiones e interrogantes sin respuesta. Tal había sido, al menos, el Callaza de los buenos tiempos.

Hoy, el cabeza de la División Homicidios se había convertido en un ser amargo y retraído, que se contentaba con atenerse a la finalidad estrictamente burocrática: ya no anidaban en él los afanes especulativos de otrora. Por eso, y a pesar del costado personal que el asesinato de su entrañable amigo Dorteros confería a este caso en particular, Callaza sabía, en su fuero íntimo, que habría de corresponderle al joven Juan Carlos, a la postre, concluir aquel trabajo.

Se resignaba, pues, a su papel semipasivo, sentado ante el escritorio, en tanto el enérgico Detective Privado (¡ni más ni menos que en las novelitas de bolsillo!) deambulaba en su torno, barajando ágilmente ideas, conceptos, proposiciones... Por otro lado, debió reconocer el comisario, y no sin algún dejo melancólico, no todo era cuestión de juventud, sino esencialmente de estructuras mentales. El no había pertenecido jamás al grupo de los “creativos”, ni aun en los comienzos de su carrera. Era perro viejo en cuestión de homicidios comunes y corrientes, sí; pero un plan maquiavélico, urdido con toda frialdad —como aparentaba ser éste—, resultaba un bocado demasiado duro para sus dientes de sabueso sin *pedigree*.

—ES CUESTIÓN de examinarlo todo a fondo —afirmó Juan Carlos—, bajo la lupa del razonamiento minucioso. ¡Tal vez la solución dependa de ese dato, aparentemente insignificante, que acaso todos pasamos por alto!

—¿Como por ejemplo...? —inquirió Callaza.

—El *ingreso* al local —repuso el joven investigador, sacudiendo ante él la matraca insonora de sus sufridos anteojos—. ¿Quiénes disponían de llaves?

—El Director —consignó prontamente Callaza—, o sea el doctor Quintana; Farrazzini, el Secretario, y...

—...Por supuesto, Hilario Puentes, el sereno —completó Juan Carlos—. Esto es, claro..., oficialmente.

—¿Oficialmente? —Virginia lo miró extrañada.

(*) Asesino a sueldo, personaje protagónico de la ya citada novela “Mi trabajo es el crimen”.

—Seguro que Quintana le facilitaría un duplicado a cada amiguita de turno... A propósito —el joven dirigió una sonrisa cáustica al comisario—, la agencia “MAGA” le ha hecho un servicio gratis a su personal, Callaza.

El calvo policía cedió a una cómica expresión de curiosidad. ¿Un servicio gratis..., a la División Homicidios?, pensó. ¿Con qué se iba a salir ahora el jovencito éste?

¡A LGUIEN venía detrás de él!
Fingió ensimismarse en la contemplación de un escaparate, aunque en realidad tenía la vista enfocada hacia las profundidades del cristal, allí donde pululaban los reveladores reflejos... ¡Ahora estaba seguro!

El tipo intentó volverse atrás, al recelar tardíamente la emboscada, pero Quintana ya lo había sorprendido. Era el mismo de la vez anterior, observó.

—¡Malditos “azules”! —profirió entre dientes—. ¡Se la tomaron conmigo, los muy...!

Conteniendo el impulso de secarse la frente —un ademán que en los últimos tiempos amenazaba con convertirse en hábito—, continuó su camino de la forma más natural posible. Había llevado una conducta irreprochable por varias semanas. ¡Que se gastase nomás las suelas el “botones” ése! Iba a tener que volverse con un palmo de narices, sin ningún reporte jugoso que llevarle a su jefe. ¡Ni siquiera una visita a Esmeralda, cuyas llamadas había venido ignorando consecuentemente! Y a propósito, cuando todo hubiese pasado, debía pensar en lo más conveniente respecto a la chica en cuestión. ¡Demasiado posesiva para su tranquilidad! Demasiado... ¡Pero todo en este asunto infernal era “demasiado” algo! Se le estaban destrozando los nervios, reconoció, angustiado.

Todos sus poros le gritaban que girase el cuello, pero él se las compuso, con titánico esfuerzo de voluntad, para seguir mirando al frente, aunque la inquietante presencia del perseguidor se le colgaba de las espaldas como un fardo moral.

—Despacio —murmuró, para sí mismo—. Un paso..., otro. ¡Tranquilo! No tienen nada concreto en mi contra. ¡No me pueden acusar! Un paso más..., otro, otro... ¡Seguime cuanto quieras, “tira” del demonio! ¡No vas a conseguir nada de mí!

—**¿M** ANDASTE “colear” a Quintana? ¿Sospechás de él, entonces?
Juan Carlos se paró frente al comisario, apoyándose contra el escritorio.

Los ojos del hombre maduro estaban pendientes de él, advirtió el joven, y tal muestra de dependencia no dejaba de lisonjearlo.

—Es sólo una cuestión de método —explicó—. Quintana está muy implicado en el asunto, por lo de los ositos de peluche y todo lo demás... De manera que lo hago seguir, aunque personalmente no crea en su culpabilidad. Me insume una erogación importante, porque significa tiempo extra para uno de mis hombres (a quien, aparte, tengo que retirar de otro caso más redituable de adulterio); pero es útil. ¡Al menos servirá para descartar a Quintana de los últimos crímenes, si es el caso!

—Ya veo —dijo Callaza—. ¡Tu colaborador te habría pasado el dato si comprobaba que Quintana se apartaba un ápice de su itinerario habitual! Es una práctica recomendable, por supuesto... Yo mismo la habría adoptado —añadió, en tanto posaba la mano sobre la rojiza calva—, si no sufriera tanto déficit de personal... ¿Pero qué voy a hacer, con esta miseria de presupuesto?

—Bien —prosiguió Juan Carlos—. Para retomar nuestra línea de procedimiento: ¿cómo entró Lucy García en la oficina aquella noche fatal, sin que Puentes se enterase? ¡Recuerden que él declaró que creía que la que estaba trabajando en el despachito del fondo era Esmeralda Capurro!

—La puerta de atrás —intervino Virginia, con un chispeo de sus ojos sagaces—. ¡Quintana le habrá dado una llave!

—¡DIEZ puntos! —congratuló Juan Carlos—. Y Esmeralda, a su vez, se marchó antes, por la puerta del frente, mientras el sereno posiblemente estaba en el baño. Esta puerta debió estar sin llave, porque Puentes sabía que quedaba personal en la oficina y no habrá querido molestarse en cerrar dos veces en una sola noche. ¡Es hombre de evitarse excesos de trabajo!

—¿Esmeralda no tendría otra llave de la puerta trasera?

—No lo creo, Virginia. ¡Más bien me inclino a opinar que existe un único duplicado, que el buen doctor se hace devolver en cuanto corta una relación! Y, a lo que parece, Lucy habría suplantado a Esmeralda en el favor del jerarca donjuanesco...

Callaza se revolvió en su silla. Había estrías de fastidio en su voz, al observar:

—¡Nada de eso es lo que se dice novedad! Todo se vio ya en los interrogatorios. Sucede que los “azules” no somos tan inútiles como el vulgo supone, ¿te das cuenta?

—¿De manera que ya sabían lo de los ositos, también?

—Bueno... —Callaza retorció el cuello, incómodo—. Cuando vine a ocupar el puesto de Giménez, la investigación ya estaba en marcha, y no estoy seguro del punto a que habría llegado. Sin embargo, sólo sería cuestión de tiempo para que...

—¡Claro, comisario, claro! Pero no vaya a malinterpretarme, por favor: no estoy en plan de crítico. Sólo expongo un método de investigación... ¡Sin alusiones de ninguna clase! ¿Quedó claro el criterio?

Callaza se sintió como paisano en discoteca... Se enderezó en su asiento, en procura de una actitud digna, y estaba estrujándose el magín con el objeto de encontrar las frases menos desairadas para contestar, cuando lo salvó el timbre del teléfono.

SE LANZÓ hacia el tubo como si éste fuera un cucurucho de helado mágicamente surgido de las arenas del Sahara.

—¿Hola? —Al reconocer la voz que le interpelaba no consiguió disimular un mohín de contrariedad. En silencio, dirigió un gesto significativo hacia Juan Carlos y Virginia—. Sí, señora, habla él... ¿Cómo? ¡Sí, sí, ya estoy ocupándome de eso, señora, como le dije ayer! Por supuesto que entiendo lo que siente; pero comprenda usted también mi posición...

Para entonces, Juan Carlos le lanzaba señas frenéticas, que Callaza atajaba con secos ademanes negativos. ¡Menudo trabajo le estaba costando aplacar a la señora de Farrazzini, como para ponerse a contemplar, encima, los caprichos del detectivillo éste!...

—Sí, señora, sí —insistió—; le prometo que en cuanto sea posible va a disponer de los restos de su esposo; pero, como sabe, la ley exige ciertas formalidades en casos de homicidio y... ¡Un momento, por favor, señora! —Cubrió el fono con la palma y se volvió airado hacia Juan Carlos—. ¿Qué es lo que querés? ¿No podés esperar a que termine de hablar con la señora?

—¿Es la de Farrazzini, verdad?

—¡Sí, y está que vuela por...!

—¡Déjeme hablarle, por favor! ¡Nos puede dar un testimonio invaluable! ¡Fue una de las últimas personas que lo vio con vida!

—¡Oh, vamos! ¡Está muy trastornada, casi ni sabe lo que dice, y vos querés...! —Volvió a acercarse el tubo a la boca—. ¡Un segundo, señora! ¡Enseguida estoy con usted!... ¡Está bien, hablale nomás, ya que te empecinás así! —y le pasó el tubo a Juan Carlos, que seguía con la mano pertinazmente tendida.

—¿Holá? —dijo el detective al teléfono—. ¡Mucho gusto, señora! Soy un buen amigo de su difunto esposo... ¡Sentí tanto la desgracia! Pero por favor, no llore, señora... Por supuesto,

sí... Sí, la entiendo. ¡Claro! ¡Cómo no recordar esos últimos momentos juntos! La comprendo bien... ¿Cómo? ¿Que quiso llamarlo y no pudo comunicar?... —De golpe se le subió el color a la cara, y apretó el tubo con tal fuerza que Callaza temió verlo partirse en dos—. ¡Repítame eso, por favor, señora! ¿Que él dejó olvidadas...? ¿Está segura? ¡Eso es importantísimo, señora! ¡No vaya a comentarlo con nadie, se lo suplico!

Agregó un puñado de conceptos más, todos estereotipados, y colgó. El fulgor de sus ojos grises era intenso. Virginia, que a estas alturas había llegado a interpretarlo bastante bien, comprendió que alguna nueva idea estaba germinándole en el cerebro. ¡Quizás lo llevase a la clave que tanto buscaban!

PERO pocos minutos después, tanto ella como el comisario debieron rendirse a la evidencia de que el peculiar joven los había relegado al olvido. Sumido en sus reflexiones, se paseaba por el despacho murmurando frases ininteligibles, aderezadas con exclamaciones esporádicas que llegaron, en ocasiones, a sobresaltar a la muchacha.

—Yo suponía que... ¡Claro que no se le encontró ninguna encima a Farrazzini, pero desde luego que yo, y seguramente la policía también, pensamos que fue el asesino quien...! ¡Así que la hipótesis del “tercer hombre” no...! ¡Eureka! Y concuerda con lo del cierre, pero... ¡Seguro! ¡Eso tiene que ser! Y el collar... ¡Bueno, bueno! ¡Lo de Mendoza fue afortunado, después de todo, como bien dijo el viejo, pobre! ¡Hurraa!

Súbitamente, Virginia, helada de pismo, lo vio abalanzarse sobre ella. Levantó los brazos, en ademán reflejo, para cubrirse..., pero él, exultante, la aferró por los hombros y la sacudió, para terminar apretándola contra sí, en efusivo abrazo.

—¡Ya lo tengo, psicóloga del alma mía! ¡Ahora sí que vamos a ver la luz al final del túnel, negra! ¡Eh, Callaza! ¡Oiga!

—¿Qué? ¿Te volviste loco?

—¡Un dato! ¡Sólo eso necesito de usted, viejo! ¿Decía que tomaron interrogatorios a todo el mundo? ¡Entonces dígame si Farrazzini, en su carácter de Secretario, tenía a su cargo el control del personal!

—¿Si llevaba la cuenta de entradas y salidas? —Callaza miraba a Juan Carlos como a un tripulante de OVNI—. Sí, era uno de sus cometidos. ¡Fue lo primero que le preguntamos! Pero, ¿qué cuernos tiene eso que ver con...?

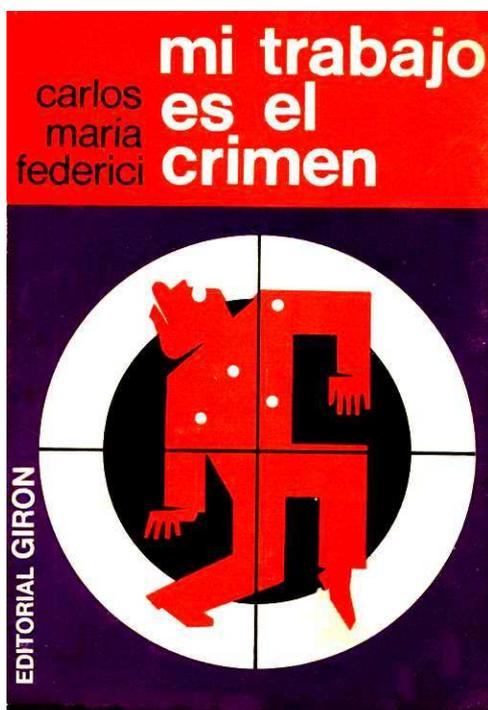
—¡Lotería! ¡Basta para mí! —rió Juan Carlos—. ¡Ya tengo la última pieza del puzzle!

Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



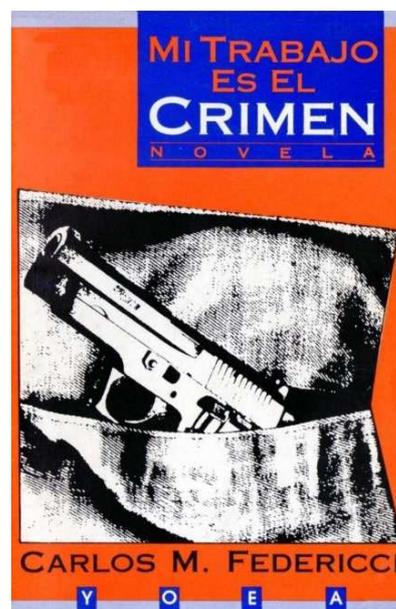
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

La orilla roja, 1972

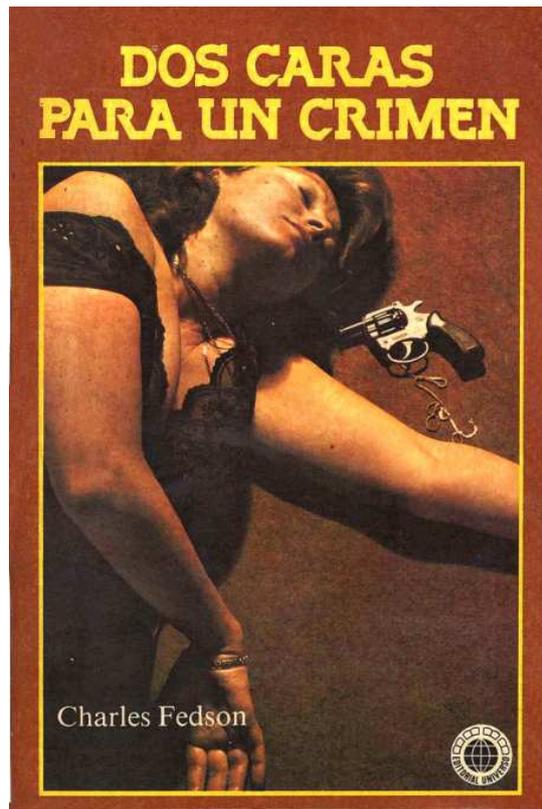


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

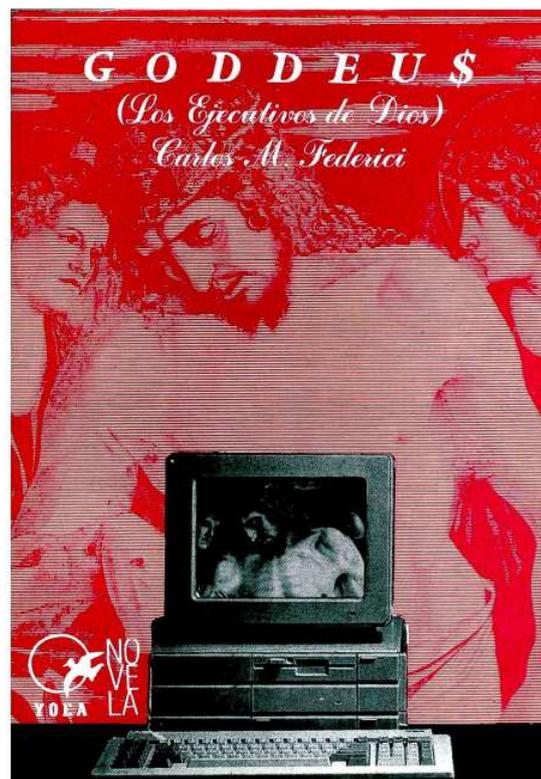
Mi trabajo es el crimen, 1974



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...



Dos caras para un crimen, 1982



Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos **policíacos**, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com